

EL AULA, UN LUGAR PRIVILEGIADO PARA LA PROMOCIÓN DE LA LECTURA

AGUSTÍN FERNÁNDEZ PAZ(*)

Doc. 5150

No es fácil escribir sobre un tema como la promoción de la lectura en el ámbito escolar, por lo menos si se quiere decir algo más que los argumentos tantas veces repetidos en libros y artículos a lo largo de los últimos años. Así que, una vez reconocida la dificultad principal, trataré de explicar, con la brevedad que se me pide, mi posición ante un asunto que preocupa a muchos padres y profesores.

Nadie discute hoy, al menos en teoría, la importancia que tienen la lectura y la escritura en la formación de cualquier persona, ya que se trata de dos capacidades básicas, imprescindibles para poder desenvolverse en la vida con plenitud. Sin embargo, en muchas ocasiones, la práctica desmiente esta unanimidad teórica. Porque hoy vemos cómo la sociedad permite que una persona pueda pasar toda su vida adulta haciendo un uso muy restringido de la lectura y escritura (es el analfabetismo funcional, que no hace más que crecer). Y lo que es peor, vemos cómo la familia y la escuela, en bastantes ocasiones, se limitan a repetir los sobados y tópicos lamentos, sin poner los medios para atajar la situación denunciada.

Porque es ya un lugar común manifestar la preocupación por lo poco que leen los niños y niñas y por las dificultades que se oponen a la inversión de esta tendencia. Paradójicamente, esta preocupación nace en unos años en los que el número de títulos publicados, vendidos y leídos es mayor que nunca. ¿Dónde están, pues, las razones para la alarma?

Aunque el problema tiene múltiples facetas, quizás habría que destacar un fenómeno social en crecimiento: la generalización del consumo de productos de naturaleza audiovisual (televisión, videojuegos, ordenador), con contenidos cada vez más banales. Dentro del mercado cultural dirigido a las edades escolares, el libro ocupa un papel cada vez más subordinado, perdiendo ese valor referencial que antes tenía.

En este fenómeno, que probablemente se incrementará en los próximos años, está la raíz de la preocupación que hoy se extiende entre un sector de padres y educadores: la lectura (y todo el mundo de valores asociados a ellas) ya no es un valor de referencia indiscutible. Por otra parte, cada vez se constata más claramente que los alumnos y alumnas, en un proceso que crece con la edad, difícilmente se acercarán a los libros de modo espontáneo, dado que tienen estímulos más atractivos e inmediatos.

No se trata de oponer la lectura a los productos audiovisuales, sino de hacer posible que estos no la desplacen hacia un lugar marginal. La consecuencia es clara, al menos para los que tenemos una determinada concepción de la persona y de la sociedad: la lectura debe ser defendida y los lectores deben ser objeto de conquista activa. De ahí arranca el nacimiento y puesta en práctica de ese conjunto de técnicas y estrategias (algunas tan antiguas como la lectura misma, la novedad está en el sentido que ahora les damos) que globalmente conocemos como "animación a la lectura".

Llegados a este punto, es necesario señalar que hay muchas ideas equivocadas sobre qué es la animación a la lectura. Un sector del profesorado todavía la considera como algo que sólo algunos especialistas pueden hacer, sin darse cuenta de que todo es más sencillo y que las técnicas básicas están al alcance de cualquier persona que ame los libros. Porque animar a leer, en esencia, no es otra cosa que crear canales

que hagan posible el encuentro entre los niños y niñas y los libros. En la familia, en la biblioteca, en la escuela. Todos son importantes, pero yo aquí me referiré solamente al ámbito escolar.

Contra lo que otras personas opinan, a mí no me parece mal que la lectura aparezca sólidamente ligada a la escuela, ya que considero que el aula es un espacio privilegiado para la creación de esos canales. Lo que sí me parece mal es la ausencia de intervención (que potencia el desinterés por la lectura) o la promoción equivocada (que lleva, en muchos casos, a un rechazo explícito de los libros).

Ya sabemos que la familia es decisiva en la formación de personas lectoras. Pero eso no nos puede llevar a desertar de una labor imprescindible en las aulas; porque, si en la familia ya se lee, la escuela reforzará ese gusto por los libros; y si el ambiente familiar excluye la lectura, la escuela pasa a ser entonces un ámbito privilegiado para paliar esas carencias familiares, contribuyendo así a la corrección de las desigualdades de partida.

El papel que los profesores podemos jugar en la creación y consolidación del gusto por la lectura es muy importante. Aunque ya lo he contado muchas veces, me parece interesante repetir aquí una de las experiencias de mis años juveniles, cuando estudiaba en Gijón, en la Universidad Laboral. Un año me tocó un profesor de lengua diferente. Durante muchas de sus clases asistimos gozosos a un mismo ritual: el profesor entraba en el aula con un grueso libro (luego supe que era un tomo de las obras completas de Kipling), nos rogaba que guardásemos silencio y se ponía a leer. Casi siempre era un relato que daba para llenar la hora entera, y no era raro que solicitásemos una prolongación del tiempo de clase para saber cómo acababa la historia, colgados como estábamos de las palabras de Kipling. Supongo que, para muchos, lo que hacía aquel profesor era perder el tiempo. Sin embargo, con la distancia que dan los años, recuerdo con nitidez aquellas clases (en cambio, olvidé otras más ortodoxas) y puedo asegurar que tuvieron un papel importante en la consolidación de mi amor por las palabras.

Asombra pensar en la cantidad de cosas que se pueden hacer desde los centros y que, en tantos casos, permanecen sin estrenar. Además, todo es mucho más fácil de lo que parece. Algunas de las técnicas, las más básicas, están al alcance de cualquiera. Otras precisan de una formación específica, de un repertorio de recursos que se pueden conseguir a través de la experiencia y de diversas lecturas. Hay, en cualquier caso, algunas premisas especiales: para hacer animación a la lectura es necesario amar los libros, hay que tener unos conocimientos básicos de literatura infantil y juvenil y hay que, sobre todo, ser consciente de que la lectura nunca es ni una pérdida de tiempo ni una actividad secundaria, válida sólo para llenar los huecos que quedan entre el estudio de las “materias-auténticamente-importantes”.

Se trata, en resumen, de crear en el centro un ambiente que favorezca la lectura. Un ambiente que se crea con la puesta en marcha de campañas que fomenten el uso de la biblioteca general (sí, ésa que en algunos centros siempre está cerrada, con los libros sospechosamente nuevos), con la creación de bibliotecas de aula dinámicas y autogestionadas, con la divulgación periódica de las novedades que se adquieran, con la realización de campañas dirigidas a las familias, favoreciendo los encuentros con escritores, realizando exposiciones de libros infantiles y juveniles, editando revistas que sirvan de cauce a la escritura creativa de los alumnos y alumnas... Algo que en algunos centros es ya una pujante realidad, mientras que en otros resulta tan extraño como los más quiméricos relatos de ciencia-ficción.